BIBLIOTECA DEL "ECO DE AMBOS MUNDOS."

UN PAR DE SANDIOS

JUGUETE COMICO

POR

ANTENOR LESCANO.

MEXICO.—1873.

Imprenta de Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes número 9.

PERSONAGES:

SIMPLICIO, abogado.
SIMPLURICO.
DON CANDIDO, padre de
CECILIA.
ANITA, criada.

ACTO UNICO.

La escena pasa en casa de don Cándido y representa una casa que tiene al fondo un jardin, puertas laterales y al fondo, tocador á la derecha con un reloj y vacijas para colocar flores.—Un escritorio con todo lo necesario, un velador al centro, un bufete hácia la puerta de la izquierda, sillas y dos sillones.

ESCENA I.

Anita—*dejando un jaro de agua afuera.*—Señora, aquí tiene usted el agua tibia. ¡Este don Simplúrico futuro de la señorita, tiene una figura y unas costumbres bien raras, ¿pues no se pasa todas las mañanas en el tocador? En las uñas, sobre todo, pone un cuidado tan especial, que no sale del cuarto hasta que no le ha dado á cada una la figura de una almendra. Es cu-

rioso verle trabajar en sus dedos con instrumentos perfeccionados. ¿Será de esa manera que ha catequizado á don Cándido? La verdad que este buen cristiano se ha dejado magnetizar.... como lo magnetiza todo el mundo.—Es bien extraña tanta simpleza en un hombre de su edad.... Qué timidez!.... No dice que no á nada.... ¡Qué diferencia entre él y su hija que hace lo que le dá la gana con su sortina impertinente.

Se escucha en el jardin á Cecilia que canta:

"Adios hija del sol si otro tiempo
Puse esclavo á tus piés mi albedrío
Ya soy libre, ya gozo, ya rio,
Ningun lazo nos une á los dos."

Mientras que Anita sacude y arregla los muebles.

Escuchando.—Allí viene de su paseo matinal—*mirando hácia el jardin*—con su pucha de flores y el "código del amor."—Ese es el devocionario de la niña.

ESCENA II.

Cecilia y Anita [á duo].

"Ningun lazo nos une á los dos"

Cecilia—*hablando*—Anita, trae pronto unas basijas para colocar estas flores.

Amita—*llevando dos vasos.*—Aquí están, señorita. —*La ayuda á colocar las flores.*—Oiga usted, niña, él acaba de levantarse, ya le dí el agua tradicional.

CECILIA.—¿Quién?....

ANITA.—A don Simplúrico.

CECILIA.—Y á mí qué me importa eso?

ANITA.—Le ha visto usted las uñas?

CECILIA.—No!

ANITA.—Cómo! no le ha reparado usted las uñas á don Simplúrico.... Son largas asíííí.... como las peinetas que usaban nuestras abuelas. El otro dia al abrir un postigo de la ventana se rompió una.

CECILIA—*con ironía.*—Qué desgracia!....

ANITA.—Desde entonces me llama todas las mañanas, antes de levantarse, para que le abra la ventana, costumbre peligrosa que tiene sus inconvenientes.

CECILIA.—Ese don Simplúrico me dá dentera. No me hables mas de él.

ANITA.—De su futuro?....

CECILIA.—Eso está por verse—*colocando las flores en el tocador.*—Dónde está mi padre?—*Se queda examinando las flores.*

ANITA.—Hace mas de un cuarto de hora que está en su cuarto dialogando con un amigo que llegó ayer de tarde de Nuevitas.

CECILIA—*viniendo con impaciencia hácia Anita.*—De Nuevitas? Es un jóven rubio, alto, agraciado, amable? Es un abogado que tiene los ojos azules?

ANITA.—No sé si es abogado, porque no le pedí diploma para dejarlo entrar; pero es trigueño, bajo, barbinegro, con unos vigotes asíííí....

CECILIA.—Aááá....

ANITA.—El señor no queria recibirlo, pero él casi

forzó la puerta sobre sus goznes. Yo creo que es un mercader de ganado.

CECILIA.—Y por qué mi padre no le echa á la calle?

ANITA.—Don Cándido....? no podria hacerlo.... él es bien tímido para eso.... yo no tengo noticia de miedo comparable al suyo.

CECILIA—*examinando las flores.*—Y es verdad!....

ESCENA III.

Las mismas y don Cándido.

D. CANDIDO.—*Entra por la puerta de la derecha.*—Gracias, señor—*dejándose correr á lo largo del muro, tímidamente*—Yo no tenia necesidad.... Yo no tengo ningun animal en mis potreros y sin embargo le he vendido cien añojos!....

CECILIA—*con viveza.*—Usted ha vendido?

CANDIDO.—Sí....

CECILIA.—Pero no dice usted que los potreros están vacios?

CANDIDO.—Yo lo sé bien; pero cómo habia de rehusar venderle á un hombre que ha tenido valor para embarcarse en el camino de hierro de Nuevitas á Puerto Príncipe y exponer así su vida solo por hacer un negocio conmigo.... porque al fin ese hombre se ha molido los huesos....¡Un viaje en este camino de hierro! Eso mortifica siempre.

CECILIA.—Pero si es él quien le ha mortificado á usted.

CANDIDO.—Tú me iluminas, yo creo que tienes razon.—Ya queria yo decírselo.....pero.... pues.... queria yo decirle que no tenia que venderle.... pero ....me pareció que se iba á enojar.... entonces firmé el contrato por cien añojos.—*Se oye tocar una campanilla.*

ANITA—*que habrá estado arreglando las flores.*—Ese es don Simplúrico que me llama para que le abra el postigo de la ventana.—*Se va por la izquierda.*

ESCENA IV.

Don Cándido y Cecilia.

CANDIDO.—¡Cómo, don Simplúrico no se ha levantado todavía.

CECILIA.—No! él no se levanta nunca hasta las diez.

CANDIDO.—Eso no me estraña, se apodera todas las noches de mi periódico para leerlo antes de dormirse y lo deja en su cuarto.

CECILIA.—Y usted cuándo lo lee?

CANDIDO.—Al otro dia por la tarde.

CECILIA.—Ah! eso es demasiado.

CANDIDO.—Yo te confieso que me mortifica. Si tú quisieras decirle algo sobre ese particular; pero sin que parezca inspiracion mia.

CECILIA.—Tranquilícese usted, yo le hablaré.

CANDIDO.—De veras?.... Tú te atreverás!....

CECILIA.—Y por qué no?

CANDIDO.—Yo admiro tu aplomo.... á diez y ocho

años.... Mira, la presencia de un extranjero en mi casa me trastorna horriblemente.

CECILIA.—Ya lo sé.

CANDIDO.—Sí, todas esas presentaciones..... esas etiquetas, me enferman.... qué quieres, yo he pasado m vida en el campo y es por eso que me da pena hablar con las gentes que no conozco.

CECILIA.—¿Y conoce usted mucho á don Simplúrico?

CANDIDO.—Francamente no; pero vino recomendado por un abogado.... á quien casi no conozco, tampoco, y se nos ha entrado como Pedro por su casa, so-pretexto de hacer el matrimonio y pasar una temporadita. Dos horas hablamos el primer dia sin que yo pudiera articular cuatro palabras. El se hacia las preguntas y se las contestaba despues; lo cual era para mi muy cómodo, visto la cortedad de mi genio.

(*Escucha.*—Ese jóven abogado
Me vino recomendado
Por otro abogado, sí
A quien nunca conocí
sí
A quien nunca conocí,
Y probablente

CECILIA Qué!
Qué! ni jamas conoceré,
Y usted le....

CANDIDO.—Parece que yo le prometí tu mano segun lo que él me dice, tanto que hoy mismo debeis tomaros los dichos.

CECILIA.—Hoy!

CANDIDO.—El lo ha decidido así, yo no puedo intervenir en eso.

CECILIA.—Pero papá, es que á usted le gusta mucho don Simplúrico?

CANDIDO.—Me es igual. Lo que me sorprende en él, es la facilidad de la palabra. Es un hombre que habla cuando quiere!....

CECILIA.—Sí, pero es viudo y yo no quiero casarme con un viudo. Dígame usted papasito, y si se presentara otro pretendiente?

CANDIDO.—Otro! todavía mas pretensiones y entrevistas! Si todos son como don Simplúrico, vamos á convertir la quinta en una casa de huéspedes.... Y seria necesario comenzar de nuevo? ¡Oh no, no, no! ....*se sienta al pié de la mesa de la izquierda.*

CECILIA.—Yo le hablo á usted de un abogado, de don Simplicio de la Mota.

CANDIDO.—Un abogado!....¡Oh, yo no tendré valor para hablar diez minutos con un abogado!

CECILIA.—Es el sobrino de mi madrina, que es muy rica y le deja por heredero universal.

CANDIDO.—Sí, habrá dos meses que tu madrina me escribió recomendándomelo. Era un proyecto de matrimonio en el aire. Y puesto que ese señor no ha venido todavía, dá pruebas evidentes de no ocuparse de tí.

CECILIA.—Oh! sí, papá, yo estoy segura de....

NDIDO.—¡Qué aplomo de criatura....!Tú estás segura? Háblame con franqueza.

CECILIA—*sentándose al lado de don Cândido.*—El no me ha hablado nunca; pero el dia que mi tia dió esa gran comida, á la cual usted no quiso asistir, don Sim-

plicio estaba á mi izquierda, se sonrojaba de todo y no hacia sino torpezas.

CANDIDO.—Le sucede como á mí. Yo no estoy por las reuniones donde haya gente....

CECILIA—Primero rompió el vaso y derramó el vino, despues le pedí agua y me dió ensalada.

CANDIDO.—Será así?.... de mi carácter?

CECILIA —No, porque es un abogado jóven.... Esa turbacion era obra del amor. Ademas él es tan rico!....

CANDIDO.—Si fuera tu enamorado ya hubiera venido aquí. Pero puesto que no viene, claro está que no te ama, de lo cual yo estoy contento porque el estado en que están las cosas con don Simplúrico, tú comprenderás....

ESCENA V.

Los mismo, Cecilia que entra por el fondo dando á Cándido una carta.

CECILIA.—Señor, el cartero acaba de dejar esta carta.

ESCENA VI.

Cecilia y Cándido.

CECILIA—*con viveza.*—Esa letra es de mi madrina? —*reparando el sobre.*—Sí!....

CANDIDO.—Cuidado con hacer un disparate, segura-

mente es alguna invitacion.... Esta vida es insopor table—*leyendo:*—"Querido Cándido, el dador de esta es don Simplicio de la Mota, mi sobrino, de quien te hablé hace algunos meses, que está enamorado de nuestra querida Cecilia y quisiera obtener su mano.... Yo no he podido acompañarle por hallarme indispuesta. Trátale con alguna deferencia porque es un muchacho con tres mil pesos de renta y será ademas mi heredero.

Cecilia.—Yo estaba segura.... El va á venir.

Candido.—El va á venir, eh!.... pues ya puedes prepararte á decirle que no estoy en casa.... Tú vas á perderme con tus cumplimientos y yo no quiero complicaciones con las gentes.... Dí ya mi palabra á Simplúrico y ahora te apareces con otro enamorado para lanzarme en un mar de dificultades. [Qué precocidad de criatura!]

Cecilia.—La verdad es papá que usted á nada se ha comprometido con ese señor, puesto que él se preguntaba y respondia solo.—Ademas, yo le sostendré á usted [con darle el pasaporte á Simplúrico].

Candido.—Sí.... tú arreglas pronto las cosas, como tú hablas cuando quieres.... pero yo.... á mí me cuestan sudores dos palabras. ¿Y tú serias capaz de que hiciéramos eso?—*mirando hácia la izquierda*—chut, él viene.

ESCENA VII.

Los mismos, Simplúrico que entra limándose las uñas.

Simplurico.—Buenos dias mi querido suegro....

CANDIDO—*arrimándose á Cecilia.*—A.... á los piés de usted, caballero...

SIMPLURICO—*saludando á Cecilia.*—Mi encantadora futura, está hoy, fresca como un tulipan.

CECILIA.—(Es sándio mi pretendiente). Gracias por mi frescura de otros dias—*retirándose.*

CANDIDO.—(Ay! ella se aleja.) Mi querido yerno ha dormido bien. (No habré dicho algun disparate?)

SIMPLURICO.— Perfectamente.— *Siempre limándose las uñas.*

CANDIDO.—Parece que á usted no le gusta la mañana en el campo—*con viveza*—no es esto una crítica!..

SIMPLURICO—*se lastima un dedo con el limador y hace un gesto.*—Sí ... sí.... muy bello.... es magnífico el cuadro de la naturaleza al despuntar la aurora.—La flor abre su cáliz para saludar al sol naciente. —Las mariposas enjugan sus alas húmedas todavía por el beso de la noche....

CECILIA—*á don Simplúrico.*—Diga usted, el periódico de mi padre que se lo lleva usted todas las siestas á su cuarto y no lo lee la familia hasta la tarde?

CANDIDO—*levantándose admirado.*—Qué genio de criatura.... Esto es admirable.... yo envidio estas gentes que hablan cuando se les antoja.

SIMPLURICO—*sacándose el periódico del bolsillo.*—Perdone usted don Cándido, desde ayer lo traigo en el bolsillo y aun no le he leido.

CANDIDO.—En ese caso.... guárdelo usted....

SIMPLURICO.—De ningun modo....

CANDIDO.—Yo no lo necesito.

SIMPLURICO.—Yo le ruego á usted....

CANDIDO.—Yo le suplico á usted....

SIMPLURICO.—Puesto que usted no lo quiere, lo guardo—*va á arreglarse la corbata al espejo.*

CANDIDO.—[Yo hubiera querido, sin embargo, ver los precios de la carne en el matadero.]

ESCENA VIII.

Los mismos, Anita entrando y dirigiéndose á don Cándido.

ANITA.—Señor, esta es la targeta de un señor que espera en su cuarto.

CECILIA—*dirigiéndose con viveza á su padre.*—Ese es don Simplicio de Mota.

CANDIDO.—Santa Tecla!.... se juntaron Tirios y Troyanos ¿qué haré?—*dirigiéndose á Cecilia.*

CECILIA—*al oido de su padre.*—Que entre.

SIMPLURICO.—Una visita?

CECILIA.—Anita, dile á ese caballero que entre.

Anita se va.

SIMPLURICO.—No olvide usted papá que á las doce debemos ir á la notaría para arreglar las amonestaciones.

CANDIDO.—Precisamente....—*al oido á Cecilia*—Sácame ese clavo—*señalando á Simplúrico.*

CECILIA—*á Simplúrico.*—Quisiera usted acompañarme al jardin para regar mis flores?

SIMPLURICO.—¡Oh! este sol tropical es muy ardiente y me manchará el cútis.

CECILIA.—Razon demas, las flores van á morirse de sed—*levantándose*—si se rompiera una uña!

ESCENA IX.

Cándido y despues Anita.

CANDIDO.—Dios mio!— Dios mio!—Dios mio!—qué situacion la mia!—Un pretendiente aceptado.... instalado.... y otro.... un abogado.... debe tener una lengua.... va á entortillarme con su lengua y.... yo me conozco.... yo soy capaz de aceptarlo como al otro.... y eso hará dos amantes para una dama.

ANITA—*desde el fondo.*—Don Simplicio de la Mota.

CANDIDO—*consternado.*—Válgame Dios!.... y qué voy á decirle á ese hombre?—*observándole y buscando un pretexto.*—Ah!.... voy á ponerme la casaca....—*se escapa por la puerta de la izquierda mientras aparece Simplicio por el fondo.*

ESCENA X.

Simplicio entrando muy tímido, desconcertado y saludando en voz baja.

Señora.... caballero.... tengo el honor....—*observando en la sala*—Toma, no hay nadie.... Tanto mejor.... Tenia tanto miedo de encontrar á alguien

Yo tiemblo á la idea de encontrarme con ese padre que sabe que yo quiero á su hija.... Porque yo la amo desde aquella comida en que rompí un vaso.—Desde entonces vengo todos los dias á caballo á pedir su mano....llego al medio dia y no me atrevo.... me voy y vuelvo á la mañana siguiente, y hace ya de estos cuentos, tres meses justos;—pero ya hoy estoy dentro de la casa y decidido.... Porque yo soy capaz de hacer lo que haga otro cualquiera.... Traspasado el dintel del hogar doméstico tengo que declararme al padre—*asustado*— Pero y he de ser yo mismo quien lo diga?—yo solo?.... es que eso puede hacerse?.... decirle á un padre: "Señor, quiere usted hacerme el favor de darme su hija para llevármela á mi casa y de.... No! esas cosas no pueden decirse....—*De repente*— Si yo pudiera irme.... nadie me ha visto entrar. Y me voy y volveré mañana *cantando.*

Que terrible situacion,
La del hombre enamorado,
De mi pobre condicion,
Siempre vive atormentado.
Comprended las penas mias,
Y decidme para que
Vengo aquí todos los dias
Si en mi vida lo diré.
Niña mia, niña mia.
Escuche yo la amo á usted.

Va á salir por el fondo y se encuentra con Cecilia.

ESCENA XI

Simplicio y Cecilia.

SIMPLICIO—*deteniéndose horrorizado.*—Ya es tarde!

CECILIA—*Haciéndose la sorprendida.*—Si no me engaño es usted don Simplicio de la Mota.

SIMPLICIO—*turbado:*—Servidor de usted, caballero

CECILIA.— Cómo?

SIMPLICIO—*volviendo en sí.*—Señorita quise decir.

CECILIA.— A qué buena casualidad debemos el honor de su visita?

SIMPLICIO.—Tiene usted razon ....es una casualidad.... yo buscaba por aquí á....

CECILIA.—Ah!

SIMPLICIO —He entrado en su casa de pura casualidad.... Perdone usted....—*saludando*—tengo el honor....

BECILIA,—Espero usted caballero, mi padte tendrá mucho gusto de verle.

SIMPLICIO—.Oh! no le moleste usted, yo me retiro.

CECILIA.—De ninguna manera, siéntese usted.

SIMPLICIO—*tropezando con una silla.*—Yo no estoy cansado....—*sentándose y quitándose los guantes* Con mucho gusto.

CECILIA—[Pobre muchacho, cómo se ha turbado!]

SIMPLICIO.—[Qué bonita es.... si yo me atreviera! ... oh! sí, yo me atreveré.... que no se diga que un abogado.... A qué se propone el hombre que no eje-

cute?—*Cecilia estará arreglando sus flores*—pero voy á ensayarme para volver]. Me voy.

CECILIA.—*volviendo.*—De ninguna manera.

SIMPLICIO.—Es que yo comprendo que estoy aquí de mas.

CECILIA.—De ninguna manera, y si no pareciera indiscrecion abusaria de su bondad, supiicándole que me ayudara á colocar estas flores.—*Le dá el vaso y ella colocn las flores.*

SIMPLICIO.—Con mucho gusto, señorita. [A que le suelto el toro.] Y usted ama las flores?

CECILIA.—Mucho!

SIMPLICIO.—[Esta confianza me dá brios.... si su padre nos sorprende en esta posicion! Es necesario que yo le diga á esta mujer.... allá voy!.]—*Se limpia el pecho.*

CECILIA.—Está usted afluxionado?

SIMPLICIO—*vacilando.*—No.... si.... es....(le digo.... si?) un.... un catarro. [No me atreví!]

CECILIA.—Esa es una enfermedad peligrosa.

SIMPLICIO.—(Yo debo tener la cara de idiota....) Señorita Cecilia.

CECILIA.—Caballero?....

SIMPLICIO.—[Allá voy]—*se limpia el pecho.*—Qué bonitas son sus flores (otro fiasco)

CECILIA.—Como todas las flores!—(No se atreve.)

SIMPLICIO.—Sí, pero....

CECILIA.—*con instancia.*—Pero qué?

SIMPLICIO.—(Ya me fuí demasiado léjos) En qué especie de tierra son cultivadas?

CECILIA—No sé, porque no conozco la diferencia.

SIMPLICIO.—Oh! la diferencia es muy notable, la una es mas blanca, la otra es mas negra. (Ya me voy atreviendo.)

CECILIA—*con impaciencia y llevando las flores al tocador.*—Doy á usted las gracias caballero:

SIMPLICIO.—(Bien hecho.... qué tenia yo que ponerme á dar lecciones de agronomía?—Imbécil! bruto! torpe!....)

CECILIA—*mirando á la izquierda.*—Allí viene mi padre.

SIMPLICIO—*arrinconándose.*—(Dios mio, qué va á ser de mi?..... y este hombre será cuando ménos un Neron!)—*Váse á la derecha.*

ESCENA XII.

Cecilia y Simplicio. Don Cándido entra por la izquierda muy encogido.

CECILIA—*presentando á Simplicio.*—El señor es don Simplicio de la Mota.—*Los dos se miran de soslayo, en los extremos opuestos.*

CANDIDO.—(Será necesario)—*hace una cortesía muy zurda.*—Señor, yo soy ciertamente.

SIMPLICIO.—Evidentemente, yo soy Simplicio de la Mota.

CANDIDO.—(Vaya un aspecto imponente!)

SIMPLICIO.—(Lo que yo sospechaba, un Neron!)

CECILIA.—(Si acabarán.)

SIMPLICIO.—Señores.... a.... adios, [yo hago bien en irme.]

CECILIA.—No, caballero, yo me retiro para que usted hable....

SIMPLICIO.—Es que yo no vengo á hablar con nadie....

CECILIA.—Y no ha enviado usted su tarjeta?

SIMPLICIO.—Ciertamente. [Qué calor, yo hubiera hecho mejor en volver mañana.]

CANDIDO.—El tiempo es canicular—¿no tiene usted calor?

SIMPLICIO.—Yo no, señor.... pues.... yo apenas sudo (sangre.)

CECILIA.—Yo me voy—*á Simplicio*—siéntese usted, valor—*á Cándido*—y usted tambien, papá, valor—*se vá por la izquierda.*

ESCENA XIII.

Simplicio y Cándido sentados el uno al frente del otro muy consternados.

SIMPLICIO.—[Ahora sí que voy á echar el resto.... este hombre tiene un grande aplomo.]

CANDIDO.—[Yo traigo mi frac.] Señor! [Va á pedirme la muchacha.]

SIMPLICIO.—Señor—*inclinándose dos veces*—usted habrá recibido una carta de mi tia [ahora verán ustedes como se hacen las cosas]—*dirigiéndose al público.*

—[No hay como el roce con las gentes para civilizar los animales.]

CAND.—Sí, señor, y cómo está su tia?

SIMP.—Perfectamente.

CAND.—Tanto mejor. Tanto mejor.

SIMP.—Salvo el reumatismo.

CAND.—Tanto mejor. Tanto mejor.

SIMP.—Hace ocho dias que está en cama.

CAND.—Tanto mejor. Tanto mejor.

SIMP.—Yo espero que pronto....

CAND.—Tanto mejor. Tanto mejor.

SIMP.—Porque mi barómetro marca

CAND.—Y el mio tambien....

SIMP.—Toma. Es bien raro, dos barómetros que marcan el mismo tiempo.

CAND.—Y eso es bien sensible por las flores que van á secarse.

SIMP.—Es usted amigo de flores?

CAND.—Tengo un jardin delicioso.

SIMP.—Qué casualidad, y yo otro. ...

CAND.—Tanto mejor. Tanto mejor. (Hasta ahora todo vá como de perlas.)

SIMP.—(Ensayemos.) Mi tia le habló á usted de mis proyectos.

CAND.—[El enemigo ataca] en efecto [yo me siento malo]; pero ella no me habla del objeto de su visita.

SIMP.—No?..., [y entónces cómo salgo yo de este atascadero?]

CAND.—*saca su caja de polvo.*—Quiere usted tomar un polvo?

SIMP.—[Qué aplomo!] Gracias, yo no tomo nada entre comidas—*se limpia el pecho.*—Yo vengo...

CAND.—A qué?

SIMP.—[En que berengenal te has metido, pobre Simplicio de mi alma!] Señor, con el permiso de usted yo venia....

CAND.—Yo amo las flores.... si señor, tengo unos ingertos lindísimos, pero el sol los va á quemar.

SIMP.—Por eso yo los cubro con yaguas.... Señor, yo venia á solicitar....

CAND.—[Qué serenidad de hombre!] Quiere usted tomar café?

SIMP.—No, señor, gracias, yo no tomo nada entre comida.

CAND.—Hace usted bien.... una taza de jigote me hizo tanto daño una vez, que tuve que renunciar á él por el resto de mi vida.

SIMP.—Tanto mejor. Tanto mejor.... Señor, solicito el favor....

CAND.—Tiene usted rosales?

SIMP.—Magníficos....

CAND.—Yo tengo una reina Victoria de tres metros de alto.

SIMP.—Señor, yo venia.

CAND.—A qué viene usted?

SIMP.—[Jesus, qué energía!] A solicitar de usted.

CAND.—Qué?

SIMP.—Unas posturas de lechugas.

CAND.—Al instante, caballero. [Ya respiro.]

SIMP.—Señor.

CAND.—Al instante. [De buena he escapado!—*Se va por la izquierda del fondo.*

ESCENA XIV.

Simplicio y despues Cecila.

SIMLPICIO.—Vamos, yo soy un imbécil por mas que pretenda otra cosa, en vano será que yo quiera hablar, y ser hombre de valor.... lo que natura no dá.... está probado.

CECILIA—*entrando alegre por la derecha del fondo.* —Gracias á Dios.

SIMP.—*espantado.*—Ella!....

CECI.—Habló usted con papacito?

SIMP.—Hablé.... si, hablé [ni una palabra....]

CECI.—Y qué le ha parecido á usted?

SIMP.—Ah sí.... muy amable.... un muchacho muy fino....

CECI.—Eh....

SIMP.—Es decir, que me pareció muy amable.

CECI.—Y está usted contento?

SIMP.—Como unas pascuas.... Tanto que ha ido á buscar lo que yo le pedí.

CECI.—El me busca.

SIMP.—No! ha ido á buscarme unas posturas de lechuga.

CECI.—Cómo! posturas de lechuga?

SIMP.—Si, señorita.... No es posible creerlo, durante un cuarto de hora hemos hablado de rosas, injertos y lechugas.... yo hacia esfuerzos sobrehumanos por manifestar á su papá el objeto de mi visita; pero imposible.... ni una palabra.

CECI.—Y por qué?

SIMP.—Ah! porque yo padezco de.... de un achaque laringítico deplorable.... yo soy muy corto de genio.... tímido hasta el idiotismo.... así yo me dejaría matar ántes que decir á usted que.... (se me anuda la garganta.)

CECI.—Y bien, qué?

SIMP. Que hace tres meses....(que me desmayo)

CECI.—Pero explíquese usted, señor.

SIM.—Pues bien....que hace tres meses que estoy dando paseos para....(imposible!)

CECI.—Despache usted, señor.

SIMP.—*espantado*—(Cielos! ya se enojó, seguro que he dicho mas de lo que debia.)

CECI.—*impaciente.*—Pero concluya usted.

SIMP.—(Estas gentes van á lanzarme por la ventana.) Voy á comenzar, señorita (y porque no soy yo un hombre como otro cualquiera.)

CECI.—En definitiva está usted enamorado?

SIMP.—*con viveza*—Eso es, señorita, yo estoy eso que usted dice (ahora no me atrevo yo á decirlo.)

CECI.—Y de quién?

SIMP.—Ah, señorita, permita usted de que guarde ese secreto en la urna de un silencio sepulcral.

CECI.—Será de....

SIMP.—En todo caso, señorita, no es de usted.... es decir, sí, es de usted.... Ah no!.... Diga usted, Cecilia, es que esas cosas pueden decirse?

CECI.—Y por qué no?

SIMP.—Entonces si.... yo.... estoy enamorado.

CECI.—De mí?

SIMP.—Sí.... de usted.... es decir, no.... pues sí .... de usted.

CECI.—Usted lo dice muy bien.

SIMP.—Yo lo he dicho?.... perdone usted no eran esas mis intensiones.... se me escapó la frase.... pero yo no lo diré mas nunca.... ¡oh yo soy muy.... tímido!

CECI.—Tímido un abogado?

SIMP.—Por eso no hablo nunca en estrados.... Una vez.... una sola vez se me ofreció defender un pleito ....pero no se me ocurrió otra vez.

CECI.—Pues qué le pasó á usted?

SIMP.—Mi tia me buscó un cliente que yo no lo fuí á buscar.... Erase un hombre violento que habia tomado una leccion del solfeo con un baston en las costillas de su mujer.... El dia clásico llega.... Yo habia preparado una defensa brillante.... la Audiencia estaba llena.... suena la hora.... el abogado contrario habló como un Ciceron, yo me desesperaba en presencia de un enemigo tan poderoso.... llega mi turno y el oidor me dice con benevolencia: "Usted tiene la palabra" yo comienzo á buscarla y querer hablar y nada.... imposible.... mi cliente me decia.... "pero hable usted".... imposible!.... en fin, despues de un esfuerzo supremo, sale de mi garganta algo inarticula-

do.... "Señores, yo reclamo para mi defendido toda la severidad del tribunal" y caigo desconcertado. Mi defendido fué condenado á seis meses de prision: el máximum de la pena.

CECI.—El lo merecia,

SIMP.—Ciertamente, pero eso no era mi deber, aunque nunca pedí tanto como él me hizo sufrir.—Hay mas, ni aun cobré mis honorarios, si bien es verdad que el cliente no ha pretendido pagármelos.... Ya usted me conoce.... ¿Cree usted que yo sea capaz de decir á otro.... aquí estoy yo que vengo á llevarme á su hija á mi casa para..

CECI.—El matrimonio es un sacramento.

SIMP.—Así, y con todo, yo esperaré á que mi tia se ponga buena....

CECI.—Esperar?.... ¿Pues no sabe usted que hay otro pretendiente dispuesto á casarse, y que esa no es pesca de todos los dias?....

SIMP.—Otro pretendiente?

CECI.—Sí, señor.... otro pretendiente instalado en la casa y á quien proteje papá.

SIMP.—*consternado.*—Un rival!

CECI.—Tranquilícese usted, yo no le amo.

SIMP.—¿Y dónde está su padre? [es necesario que yo le hable],—Dígame usted dónde está su padre?

CECI.—Va usted á hablarle?—Voy á buscarle.—*sale por la izquierda.*

ESCENA XV.

Simplicio solo.

Sí, yo le hablaré.... no se dirá que un hombre.... porque al fin.... le hablaré, sí.... es decir, yo no le hablaré.... yo le escribiré....—*se sienta á escribir, y mientras escribe habla alternativamente.*—¡Oh! con la pluma yo digo todo lo que quiero ... por lo menos el papel no se sonroja—*acabando de escribir.*—Ya rompí los cristales, *allea jacta est.*—*Mete la carta en el sobre, poniéndole la direccion que lee:*—A don Simplicio Capirote—*Le pone un sello distraidamente.*—Ahora verá don Candido un hombre resuelto.—*Se oye un ruido en el fondo.*

ESCENA XVI.

Simplicio, despues Cándido.

Simp.—El.... y yo le he de poner esta carta en sus manos.... eso seria un arrojo—*reflexionando.*—¡Ah! aquí sobre el reloj.—*pone la carta y se arrincona.*

Cand.—*entrando por la derecha del fondo*—Jóven amigo, ya están listas sus posturas de lechuga.

SIMP.—Gracias, señor.... [Este no ha visto á su hija.]—*dirigiéndose hácia la puerta del fondo y señalando para el reloj.*—¡Sobre el reloj, sobre el reloj! allí tiene usted una carta, yo volveré por la contestacion.

ESCENA XVII.

Cándido, despues Cecilia que entra por la izquierda.

CANDIDO.—Sobre el reloj.... una carta—*tomándola*—es que yo tendré valor para leerla!....

CECILIA.—*entrando.*—Papá, hace rato que busco á usted—*mirando para todos lados.*—¿Y don Simplicio?

CAND.—Acaba de salir, pero parece que me ha escrito esta carta.

CECI.—¡Cómo!....

CAND.—Y le ha puesto un sello!

CECI.—Leámosla, papá.

CAND.—*leyéndola.*—Señor, yo amo á su hija.... no, yo no la amo.

CECI.—Hein!

CAND.—*leyendo.* Yo la adoro.

CECI.—Ha!....

CAND.—Pero aléjate, muchacha, segun el manual de Carreño, estás cometiendo una imprudencia.

CECI.—No, papá, yo soy el sugeto de esta oracion. Ya yo sabia todo esto.

CAND.—*leyendo.*—"Usted tiene en sus manos mi por-

venir, la mano de su hija ó un alojamiento en Mazorra."—En ese caso, que se lo lleven á Mazorra.

CECI.—¡Oh! papacito—*acariciándole.*

CAND.—No procures enternecerme, porque seré inflexible.

CECI.—Papacito, usted no me quiere ya. ¡Ay me va á dar el ataque de nérvios.... yo voy á eticarme.... Ay.... Ay!....

CAND.—*consternado.* ¡Dios mio!.. . el álcali..... no, mi vida, te casarás.... harás lo que quieras.

CECI.—*reponiéndose.*—Ay! yo lo sabia bien.

CAND.—¿Y qué quieres que le diga á don Simplúrico?

CECI.—Comprendo su timidez.

CAND.—Yo no soy tímido, un hombre vale bien otro hombre.... Yo le diré:—Señor don Simplúrico.... ¿que le diré?.... Cómo lo harias tú, hija?

CECI.—Escríbale usted!

CAND.—Tienes razon, escribir no dá vergüenza. Conozco yo algunos que escriben bien mal en los periódicos. *Sentándose á escribir.*—Esta muchacha es lince, si ese diablo de aleman no hubiese inventado la pólvora, mi hija pasara á la posteridad—*escribe y habla.*—"Mi querido señor, su peticion me honra." [Esto es muy enérgico]—*á Cecilia*—¿No será bueno modificar la frase, hija.

CECI.—Escriba usted lo que yo le dicte.

CAND.—Bien pensado; cuando yo lo digo!

CECI.—*dictando.*—"Pero razones personales me impiden continuar alentado sus proyectos de matrimonio, con lo cual tengo el honor de ser de usted.—Cándido de Capirote."

CAND.—¿Crees tú que sea esa una razon?

CECI.—Una razon diplomática.—*Se oye un ruido.*

CAND.—El .... él! ....

CECI.—Me voy para dejarles á ustedes libremente.

CAND.—Y tú me abandonas á esta situacion terrible?

CECI.—*retirándose por la izquierda.*—¡Valor!....

ESCENA XVIII.

Cándido y Simplúrico.

SIMPLURICO—*entrando por el fondo.*—¡Cómo, papá suegro, no está usted listo todavía!

CANDIDO.—Para qué?

SIMPLUR.—Para ir á preparar el matrimonio.

CAND.—Mi querido yerno, mientras que te esperaba, es decir, mientras que esperaba á usted he escrito una carta muy importante.

SIMPLUR.—El canastillo de bodas acaba de llegar.

CAND.—Usted ha comprado el canastillo? [Y qué hacer? ya compró el regalo de bodas.]

SIMPLUR.—Tambien he pensado en usted, papá suegro; le he comprado una tabaquera de oro.—*sacándola*—estilo del Renacimiento. [Ya me rompí una uña.]

CAND.—Cómo, yerno mío! usted ha tenido tanta bondad! [Cómo desairar un hombre que regala tabaqueras de oro y tiene su locuosidad.]

SIMPLUR.—Despache usted que son las doce.

CAND.—(Justo cielo! este hombre me esfuerza.... me oprime....) Voy á ponerme una corbata blanca.

SIMPLUR.—Y yo una casaca. En quince minutos vuelvo.—*Se va por la izquierda.*

ESCENA XIX.

Cândido y despues Simplicio.

CANDIDO.—No hubo modos de darle la carta, y el otro que va á venir por la respuesta.... qué de complicaciones!.... cuántos embarazos!.... y cásese usted y tenga hijas.... y despues de todo, Cecilia no puede casarse con los dos, eso seria un acto de poligamia que castigaría la sociedad.—Y puesto que uno compró ya el canastillo, sea él quien se la lleve.—Si yo pusiera la carta sobre el reloj.... *reflexionando.*—Sí, sí.... la pongo.

SIMPLICIO—*entrando por el fondo.*—Caballero, yo vengo.... no, yo no vengo á nada.... Yo me voy.

CAND.—*saliendo por la izquierda y señalando hâcia el reloj.*—¡Sobre el reloj!.... sobre el reloj!....

ESCENA XX.

Simplicio y despues Cecilia.

SIMPLICIO.—Ah, ya se fué!.... por lo menos este hombre posee el secreto de escaparse á tiempo.... pero yo voy á revestirme de carâcter, que no se diga que

un abogado.... pero no será el primer abogado tímido que halla registrado la historia en sus anales.... ¡Hay tantos abogados que no tienen destino en el mundo!.... pero él me señaló hácia el reloj—*se dirige hácia el reloj y toma la carta.*—Vaya, esta es la respuesta. El reloj, es nuestro buzon.—*Lee*—"Mi querido señor, tu proteccion me honrra; pero razones personales me impiden continuar alentando sus proyectos."—Ay!....

CECILIA—*entrando por el fondo.*—Don Simplicio, ha visto usted....

SIMP.—Eh!....

CECI.—Ha visto usted á mi padre?

SIMP.—Sí, señorita, le he visto. Aquí tiene usted su ultimatum—*le dá la carta.*

CECI.—*leyendo.*—"Querido señor, su peticion me honra."—Pero esta es una traicion!.... yo dicté esta carta para don Simplúrico.—Oh! mi padre no me sacrificará, yo no soy tímida.—¡Don Simplicio, tráigame usted un carruage de alquiler.

SIMP.—Pero qué va usted á hacer, niña?

CECI.—A usted no le importa, solicíteme un carruage.

SIMP.—En el momento.—*Saliendo por el fondo.*—¡Qué fibra de criatura!

ESCENA XXI.

Cecilia, despues Cândido y Anita.

CECILIA—*con desenfado.*—Mi padre pretende sacrificarme de esa manera.... no, yo me emanciparé an-

tes.... la voluntad no tiene dueño.... el libre albedrio.... la humanidad tiende al progreso, á la emancipacion de la mujer.... á la libertad de conciencias.... al derecho de la tribuna, á las elecciones populares... el corazon no tiene mas aspiraciones que lo bello.... lo bello espiritual, la libertad de las facultades espirituales, por qué no he de aspirar yo á mi emancipacion antes que dejarme arrastrar á una esclavitud eterna?—*se pone una mantilla.*—Veremos quien dispone de mí.

CANDIDO—*entrando del fondo de la izquierda.*—A dónde vas, Cecilia?

CECI.—*arreglándose el peinado en el espejo y aparentando axaltacion.*—Yo? á usar de los derechos de la inteligencia humana.... á evitar el escándalo social de un padre que sacrifica á su hija á un hombre que detesta.... á encerrarme en un convento húmedo y frio.

CAND.—*afectado.*—No, hija no es que yo te sacrifique; pero ya ese hombre compró el canastillo de bodas .... *con ternura.*—No te parece esa una razon? Ademas me ha regalado una tabaquera de oro, estilo del Renacimiento.

CECI.—Eso es muy honroso, me sacrifica usted á un regalo—*con exaltacion.*—Todo ha concluido entre nosotros.... Yo voy entrar en las Ursulinas.

CAND.—No, hija.... yo no te sacrifico.... pero ya es demasiado tarde ... Simplúrico ha ido á ponerse una casaca para ir á la Notaria.... Ya tu vez que no hay remedio.

CECI—*con altanería.*—Es decir, que ese hombre

dispone de nuestras conciencias.... la conciencia humana es libre....

CAND.—Y cómo arreglarias tú la cuestion?

CECI —Muy sencillo, dígale usted que está malo que no puede acompañarle.—*Se quita el chal y llamando:* —Anita, trae la bata de mi padre.—Diremos que le ha dado á usted un soponcio.

ANITA—*entra por la izquierda con una bata y un gorro blanco.*—Aquí esta, señorita.

CECI.—*metiendo á su padre las mangas de la bata por los brazos.*—Anita, trae un vaso de agua de azúcar.

ANITA.—Pero qué tiene el señor?

CECI.—Un desvanecimiento.—*Pone el gorro á Candido.*

CAND.— Protesto contra toda esta comedia, y te prevengo que no tomaré parte.... que no diré una palabra.... que no me mezclaré en tus embrollos amorosos.—*Cantando y bailando* (aire del can-can.)

CECI.—Eso es.... no se mezcle usted en nada.—Anita, trae una banqueta.—*sienta á Cándido en un sillon, se sienta ella á su lado en la banqueta y toma el vaso de agua.*—Déjelo usted venir.

ESCENA XXII

Los mismos y Simplúrico que entra por la izquierda vestido de casaca y limpiándose las uñas.

SIMPLURICO. —Vamos papa suegro, ya yo estoy listo.

CECILIA.—Mi padre está indispuesto y no puede ir á ninguna parte.

CAND.—Yo protesto con mi silencio.

SIMPLUR.—El mejor remedio, unas sanguijuelas....

ANITA.—Quiere usted que vaya á buscarlas á la barberia de....

CAND.—*con viveza.*—No llevo de la parada.

CECI.—Ya mi padre va mejor.... Tóme usted el agua, papaito....

CAND.—No tengo sed.—*Bebe.*

SIMPLUR.—*limándose las uñas.*—Dejémonos de jugar con la salud. La salud es como la fortuna, que no se conoce hasta que no se pierde....

CAND.—Pero es que yo voy á quedarme todo el dia dizfrazadó?—Hace mucho calor.

CECI.—La indisposicion de mi padre dura regularmente algunos dias.—¿No podia irse de casa y volver....

SIMPLUR.—Irme.... abandonar mis derechos de conquistas.... abondonar á papá suegro....

CAND.—[El muchacho es excelente.]

SIMPLUR.—Ademas, la presencia de vuestro papá no es indispensable.... yo puedo ir solo á la notaría para empezar á practicar las diligencias del matrimonio. Con tal de que él firme.—*Toma un papel y una pluma.*

CECI.—*á su padre.*—No firme usted.....

SIMPLUR.—Firme usted.

CAND.—Pero ¿qué batiburrillo es este?

CECI.—*escondiendo el tintero que toma de la mesa.*—No firme usted.

CAND.—*á Simplúrico.*—Pero deme usted el tintero.

SIMPLUR.—Ha tenido la bondad de facilitárselo.

CAND.—Gracias, hija....

CECI.—*poniendo el tintero sobre la mesa.*—Todo se ha perdido.

ESCENA XXIII.

Los mismos y Simplicio.

SIMPLICIO—*entrando por el fondo.*—La volante está en la puerta.

SIMPLURICO.—¿Qué volante?

SIMP.—¡Hola, don Simplúrico!

SIMPLUR.—Diablos! qué encuentro!—*muy sobrecogido.*

SI —¿Cómo le va á usted despues de....

SIMPLUR.—Muy bien.

CAND.—Hola! ustedes se conocen?

SIMP.—El señor fué mi primer cliente.

CECI —El señor fué el que solfeó sobre las costillas de su mujer y sufrió seis meses de prision?

CAND.—*espantado.*—Cómo! usted ha estado preso por haber bastoneado su primer mujer?

SIMPLUR.—Una querella.... una vivacidad.

ANITA.—Qué horror!—*arreglando las sillas.*

SIMP.—No era un baston, un junquillo.

CAND.—*á su hija.*—Mi pobre Cecilia.—*A Simplúrico.*—Aléjese usted.... pegar á una mujer....

SIMPLUR.—*irritado.*—Caballero.

CAND.—*desconcertado.*—Perdone usted señor, si me he desmandado.... yo....

CECI.—No hay que perdonar.—Llévese usted su canastillo.—*Sacando á su padre del bolsillo, por equivocacion una tabaquera de cuero.*—Tome usted su tabaquera.

SIMPLUR.—Perdone usted, la mia era de oro, estilo del Renacimiento.

CAND.—*con dignidad y sacando la otra.*—Yo no he tomado su rapé.

SIMPLUR.—Me alegro mucho, señor, que este incidente le haya devuelto la salud.—*Se retira y pisa á Simplicio.*—Imbécil!....

ESCENA XXIV.

Cándido, Cecilia y Simplicio.

CECI.—*á Simplicio.*—Pídame usted ahora.

SIMP.—Pero es que eso se puede hacer?

CAND.—*que estará en el fondo quitándose el trage de casa.*—Pues no tenia yo la estampa de la heregía!

CECI.—Atreverse.... él es mas tímido que usted.

SIMP.—*poniéndose los guantes y afectando valor.*—Con que él es tímido.

CECI.—*á su padre.*—El va á atreverse, póngase usted los guantes. No tenga miedo, él es mas tímido que usted.

CAND.—(El es tímido.)—*Se pone los guantes.*

SIMP.—Señor....

CAND.—Señor.

SIMP.—Por la segunda vez le pido á usted....

—CAND.—*con viveza.*—Qué!

SIMP.—La.... la....

CECI.—*al oido á Simplicio.*—Atrévase usted.

SIMP.—La mano....

CAND.—*extendiendo la mano.*—Aquí la tiene usted.

SIMP.—De su hija....

CAND.—Caballero, usted me la pide de una manera....

SIMP.—El tono me lo ha dado su hija.

CAND.—Pues bien, yo no me mezclo en esas cosas.... Cásense ustedes, y....

SIMP—Caballero....

CAND.—Caballero....

CECI.—(Parece que van á reñir ahora.) Don Simplicio, mi padre lo que desea es que usted se quede á comer hoy con nosotros.

CAND.—A la condicion que no me rompa usted los vasos.

CECI.—*al público.*—Quedan ustedes convidados á las bodas.

FIN.